



DANTÈS BELLEGARDE O LA FE EN OCCIDENTE

Patrick Bellegarde-Smith

El haitiano Duraciné Vaval, historiador de la literatura, comentaba en 1933 que Dantès Bellegarde era el ideólogo casi oficial del Estado haitiano; en 1926 W.E.B. DuBois, fundador del NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color) le había dado el título de “vocero internacional de los negros del mundo”. En 1951 durante una visita a Haití, el estadista estadounidense, Adolf A. Berle, Jr. observó que “Dantès Bellegarde tuvo la amabilidad de demorar su viaje (a la Sexta Asamblea General de la ONU celebrada en París) para hablar conmigo. Le resumí lo mejor que pude el estado de la política en los Estados Unidos”.

En cuanto a los asuntos domésticos el antropólogo Sidney W. Mintz alabó las reformas docentes llevadas a cabo en Haití en la década de 1920, sin las cuales, según escribió “las modificaciones de la estructura de clases que se acreditan, a veces al (Presidente) Estimé no se habrían realizado”. Durante ese período de la década de 1920 Bellegarde ocupaba el cargo de Ministro de Instrucción Pública y Culto. El historiador haitiano Edner Brutus, en

1948, declaró que era una de las personas más sobresalientes que han ocupado ese ministerio.

El crítico literario estadounidense Edmund Wilson describió a Bellegarde en uno de sus libros: “Conocí al señor Bellegarde en Port-au-Prince; era un caballero de edad, muy refinado, mulato casi blanco con su cabellera recia estilo *en brosse* como los franceses”. En 1919 Samuel Guy Inman, al volver de un viaje a la República Dominicana y Haití, escribió: “La brillantez de las clases cultas es sumamente notable. Muy rara vez podrá uno conocer a un caballero más fino que el Ministro de Educación (Bellegarde)”.

Dantès Bellegarde nació en Port-au-Prince, el 18 de mayo de 1877. A pesar de ser pobre y proceder de la *petite bourgeoisie*, descendía de figuras de prestigio en la historia de Haití. Su bisabuelo materno era el francés Jacques-Ignace Fresnel que fue nombrado juez por el primer Jefe de Estado haitiano, Jean-Jacques Dessalines, siendo después el primero en ocupar el cargo de Ministro de Justicia de Haití en la década de 1820. Su abuelo paterno fue Jean-Louis de Bellegarde, quien había luchado de muchacho en las guerras de independencia y llegó a ser el Duque de Saint-Louis du Nord durante el reinado de Faustin I (1849-1859). Una tía por parte de padre, Argentine Bellegarde-Foureau, influyó mucho en Dantès cuando niño. Era una mujer de gran fortaleza y carácter que se había interesado mucho en la educación de la mujer.

Poco después de graduarse en el Liceo Pétion en 1897, Dantès Bellegarde trabajó de secretario de *La Ronde*, publicación literaria que iba a tener mucha influencia en la literatura haitiana. La publicación dio su nombre a todo el período histórico de fines del siglo, época que llegó a conocerse como *la génération de la Ronde*, “el movimiento literario más grande que ha tenido Haití”, según un historiador de la literatura. El movimiento creó un puente entre los intelectuales que imitaban los géneros literarios franceses y los que comenzaban a aceptar las características más



audaces de la negritud literaria. Aunque algo ecléctico —ya que apareció al final de un movimiento prolongado de romanticismo haitiano— *La Ronde* era la continuación lógica de la política cultural del siglo XIX diseminando las ideas positivistas de Augusto Comte y Herbert Spencer y labo-
rando por la occidentalización rápida de Haití. Ese nexo internacional persistió durante toda la vida profesional de Bellegarde. Su preocupación porque la educación y el desarrollo político de Haití tuvieran dimensión internacional fue la fuerza que motivó todas sus acciones cuando estuvo en el poder. Y por ser uno de los últimos supervivientes de la *génération*, se sintió más obligado a permanecer fiel a los antiguos ideales, sin importarle que estuvieran pasados de moda.

Grande fue la contribución de Dantès Bellegarde a la formación de la política exterior de Haití —aunque esto es por regla general prerrogativa de la presidencia— y al desarrollo de políticas financieras y económicas cuyos efectos se hacen sentir aún. Ocupó puestos de responsabilidad en el Banco Nacional y llegó a ser ayudante de confianza del Presidente. Como Ministro de Educación intentó hacer una revisión a fondo de la mentalidad haitiana luchando contra la fuerza de la tradición y la política obstructionista de la ocupación militar estadounidense en Haití. También ayudó a poner en práctica la política exterior y la monetaria con algunos resultados positivos.

El aislamiento político de Haití durante la ocupación militar intensificó la inclinación de Bellegarde a basar su pensamiento sobre solidaridad internacional en los ideales de panamericanismo y latinismo. Fue un internacionalista al igual que otros filósofos sociales haitianos anteriores y posteriores a él. La supervivencia nacional de los estados pequeños parece depender en gran medida de la cooperación internacional. Persistiendo en un nexo latino Bellegarde esperaba compensar la intrusión cultural estadounidense, mientras continuaba con la política tradicional elitista que otros consideraban en quiebra por las repetidas interven-



ciones militares y diplomáticas. En este sentido Bellegarde era también nacionalista y estimaba que Haití tendría mejores oportunidades de supervivencia adoptando los valores occidentales que, según creía, traerían el progreso material e intelectual y el respeto internacional en vista de la intensidad del racismo finisecular.

Dantès Bellegarde basaba sus opiniones sobre el desarrollo en los factores “intelectuales” de la lengua francesa y el cristianismo. En esto, no se diferenciaba de los que le precedieron que habían dado a Haití sus constituciones liberales e instituciones gubernamentales de estilo europeo. De este modo se convirtió en símbolo del pasado, a pesar de políticas infructuosas, personificando y depurando para Haití, el darwinismo social del siglo XIX y el lamarckismo del XVIII. Su buen amigo, Jean Price-Mars, dos años mayor que él, se hizo símbolo poderoso de los intelectuales más jóvenes, a menudo de clase media, que colectivamente se llamaron la generación de la Ocupación. Las reformas educacionales que Bellegarde había efectuado en la década de 1920 fueron su ruina más adelante, al no poder inspirar a los jóvenes haitianos a seguir la dirección intelectual que había señalado.

Bellegarde se daba cuenta de que encabezaba una de las dos tendencias divergentes del espíritu haitiano, la de la persistencia de las fuerzas a favor de lo francés (occidentales); mientras que de su amigo, Jean Price-Mars (1876-1969) se decía, sencillamente, que representaba las fuerzas proafricanas. Sin embargo, ambos se sintieron halagados cuando, en 1935, el autor francés Henri Béranger —haciéndose eco de Jules Michelet del siglo XIX— declaró que “Haití era el faro que guiaba la latinidad de las Américas”. Las diferencias intelectuales nunca afectaron la amistad de estos dos hombres. A la muerte de Bellegarde, Price-Mars, nonagenario, fue la primera persona de nota que visitó a la familia en su casa de Port-au-Prince.

Dantès Bellegarde fue el diplomático haitiano más brillante de este siglo. Por una corazonada el Presidente



Dartiguenave lo nombró para cargos diplomáticos en París, la Santa Sede y la Liga de las Naciones en 1921. En estos puestos, Bellegarde laboró hacia un acercamiento diplomático entre Haití, las potencias latinas (incluso Rumania) y la Iglesia Católica Romana en un intento de contrarrestar la ocupación de Haití y compensar la influencia comercial estadounidense en ese país. Recurrir a manejos diplomáticos era la única manera realista en que Haití podía esperar ejercer influencia alguna en los Estados Unidos.

Bellegarde denunció la ocupación en todas las ocasiones posibles. La liga de las Naciones se prestaba para ello y él lo hizo espléndidamente llegando a merecer, según la prensa francesa, el título de “el más grande orador en la lengua francesa después de Aristide Briand”. Se movió con presteza a establecer una unión con los negros americanos que protestaron vivamente contra la política de los Estados Unidos en Haití. W.E.B. DuBois le pidió que aceptara la presidencia honoraria del Segundo Congreso Panafricano celebrado en septiembre de 1921 en París.

Bellegarde había ganado fama con sus intervenciones en las asambleas de la Liga en cuestiones de mandato internacional. En 1953 la Asamblea General de las Naciones Unidas, recordando su posición antisudafricana en la Liga de las Naciones, lo nombró miembro de una comisión encargada de estudiar la situación racial en el Africa del Sur, junto con Hernán Santa Cruz de Chile y Henri Laugier de Francia.

La educación siguió siendo una de las principales preocupaciones de Bellegarde porque como lamarckiano que era, la consideraba de importancia primordial para el cambio social. En 1955, Jean Piaget rindió homenaje público a Dantès Bellegarde, recordándoles a los delegados de la Décimoctava Conferencia Internacional sobre Instrucción Pública, celebrada en París, que Bellegarde era el único que había hecho esfuerzos para que la educación fuera incluida en el programa cultural de la Liga.

La preocupación de Bellegarde y de DuBois por la



educación partía de saberse miembros de la élite negra y de la influencia del pensamiento social darwiniano que prevalecía en la Europa Occidental y la América del Norte. En la Asamblea de la Liga de las Naciones, Dantès Bellegarde presentó una resolución inspirada por DuBois que dice así:

El Segundo Congreso Panafricano desea sugerir que el espíritu del mundo moderno se dirige al autogobierno como la última meta de todos los hombres y naciones y que, por consiguiente, las zonas bajo mandato, ya que están pobladas mayormente por negros, tienen derecho a pedir que un hombre de ascendencia negra con el debido carácter y adiestramiento sea nombrado miembro de la Comisión sobre Mandatos tan pronto ocurra una vacante.

Los discursos de Bellegarde contra los Estados Unidos y su alianza política y relaciones sociales con los negros americanos habían enfadado al Gobierno de los Estados Unidos. DuBois ha sostenido que el que a Bellegarde lo retiraran de París en diciembre de 1922 se debió más que nada a su actitud de amistad hacia los negros americanos.

En 1930 Dantès Bellegarde fue nombrado por segunda vez en París y Ginebra, donde denunció “la agresión financiera de los Estados Unidos” contra las potencias europeas. En 1931 tomó posesión de su nuevo cargo de enviado diplomático de Haití en la ciudad de Washington y ante la Unión Panamericana. En esta tribuna no fue muy diplomático: en un discurso ante la Unión Panamericana denunció “la agresión financiera de los Estados Unidos” contra la América Latina y abogó por la liberación de Haití de las tropas estadounidenses. Su discurso fue aplaudido por los delegados estadounidenses que no entendían ni una palabra de francés.

Bellegarde se estaba interesando cada vez más en la interacción entre la política económica y la internacional. En 1933 él había puesto en la agenda de la Séptima Conferencia Internacional de Estados Americanos celebrada en Montevideo un punto a considerar sobre la necesidad de establecer



una “comisión interamericana permanente de economía y finanzas”, lo cual le sirvió para reclamar el honor de haber creado en 1948 el Consejo Internacional Económico y Social de la OEA.

En muchos de sus diecinueve libros y en innumerables artículos Bellegarde sostuvo —con buen éxito, si uno observa la política exterior de Haití en esa época— que el panamericanismo es la clave de las relaciones diplomáticas haitianas. El Emperador Jean-Jacques Dessalines había acogido al precursor Francisco de Miranda en Haití en 1805. El Presidente Alexandre Pétion hizo lo mismo con Simón Bolívar suministrándole hombres, municiones, y una imprenta pequeña en la que se publicó la emancipación de los esclavos de la América del Sur. Pétion había exigido la abolición de la esclavitud a cambio de la ayuda de Haití. El Presidente Fabre-Nicolas Geffrard había enfurecido a España al ayudar a los rebeldes dominicanos a establecer su independencia en la década de 1860. Tanto por su lengua como por su historia, sostenía Bellegarde, Haití era latino y su destino estaba ligado al de las diecinueve naciones hermanas en una Unión Panamericana fuerte y poderosa en lo militar. Su mensaje y su encanto personal atraían a los oyentes de toda América y le confirieron honores y condecoraciones en Cuba, la República Dominicana, Venezuela, México, los Estados Unidos, Canadá, Chile y el Brasil.

En 1946 y de nuevo en 1950 Dantès Bellegarde fue nombrado embajador en Washington y en la Organización de Estados Americanos. Más tarde, ese mismo año, fue elegido Presidente de la Asamblea Constitucional que redactó otra constitución liberal más para Haití. Al año siguiente representó a Haití en las Naciones Unidas.

El último puesto diplomático de Bellegarde fue de nuevo en Washington en 1957. Octogenario ya, era el miembro más viejo del cuerpo diplomático de Washington. Renunció al poco tiempo, al hacerse inevitable un gobierno militar provisional en Haití. Esta fue una época de intensa agitación



política en el país y a Bellegarde le angustiaba el darse cuenta de que el marco constitucional que él había ayudado a establecer no parecía tener efectividad.

Esta angustia le acompañó durante los últimos veinte años de su vida. Y a pesar de sus actividades en el plano internacional—que le fueron útiles a Haití por sus relaciones internacionales de amistad—quedó relegado a la posición de un estadista viejo y respetado, cuya carrera tenía proporciones históricas y que definitivamente pertenecían al pasado más que al porvenir. Para sus compatriotas su pensamiento era un anacronismo y se convirtió en una reliquia del pasado haitiano mucho antes de su muerte. Murió el 14 de junio de 1966 a los noventa años, en el mismo barrio pobre que lo vio nacer, y que nunca quiso abandonar a pesar de la pobreza del lugar.

Al día siguiente de la muerte de Dantès Bellegarde, León Lalau, actual decano de las letras haitianas, escribió: “Estaba tan alerta como su frase. Su discurso tenía el orden sereno de su vida. Su conciencia era alta y derecha como su talle rebelde a inclinarse”.

Sobre su ataúd de caoba pulida apareció una guirnalda pequeña y anónima hecha de flores tropicales en los antiguos colores nacionales, el rojo y el azul, con una cinta que decía: *l'écolier Haitien*” (el escolar haitiano). Este gesto tímido demuestra que el afecto con que rodearon a Bellegarde toda su vida amigos y adversarios no había disminuido, pero todavía se hacía imposible una evaluación desapasionada de su pensamiento. A esa conclusión llegó el Secretario de Estado, Paul Blanchet, que despidió el duelo a nombre del Gobierno del Presidente François Duvalier, al decir: “La obra a la cual consagró toda su vida constituye un testimonio cuyo valor será establecido por el historiador que reconstruya la psicología de los hombres y los sucesos de esa época”.

